

LUCIO V. MANSILLA. *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*. Buenos Aires: Corregidor, 2012.

Si el terror de la página en blanco ha acosado a muchos escritores, como es sabido, en el caso de quien firma esta reseña se debe, no a los laberintos creativos de su psique ni a un estado de ánimo que pueda no mostrarse proclive al destello de la imaginación, sino al temor de no hacer justicia al objeto que debe poner ante los ojos del lector. En efecto, éste es un libro muy complejo, condición entre cuyos motivos debería resaltarse, en primer lugar, su construcción: es un libro que comprende varios libros. Las razones de este carácter son de distinto tipo; una de ellas es el trabajo en equipo que, lejos de producir dispersión, concentra en una misma edición un espesor tan denso como riguroso en función de las diferentes facetas de un autor –Lucio V. Mansilla en este caso– su vida y su obra, en cuyo devenir se sitúa productivamente este texto, editado por primera vez y sus pretextos. Podría pensarse que, como ocurre en general con las ediciones críticas, la intervención de cada uno de los miembros del equipo participante conforma algo así como una galería de cuadros, donde, en cada uno de ellos, puede reconocerse la marca de la mirada del crítico o estudioso en cuestión; pero aquí no sucede eso, más bien se trata de una constelación crítica en la cual no sería posible poner fronteras nítidas entre, por ejemplo, el estudio del *Diario...* en su contexto de producción en relación con los momentos cruciales de la vida de su autor, y la inscripción de este texto en la literatura de viajes del siglo XIX, género como sabemos, de gran importancia en nuestro sistema literario y cultural.

Este importante efecto de lectura revela una estrategia de dirección producto de la larga experiencia en investigación de la Dra. Lojo, así como de su trayectoria en ediciones críticas y su honestidad intelectual, lo cual puede comprobarse fácilmente si leemos el apartado “Nuestro equipo” (72), situado hacia el final de la extensa “Introducción” donde Lojo puntualiza la distribución del trabajo en cada miembro del equipo participante, análisis global pero rigurosamente discriminado, en el cual uno o varios aspectos quedaron a cargo de los diferentes investigadores (Dra. Mariana Guidotti; Licenciada María Laura Pérez Gras; Dra. Victoria Cohen Imach, la colaboración de la Licenciada Cristina del Solar y la asesoría externa de la Dra. Elizabeth Rigatuso). Así, la transcripción y digitalización de los manuscritos y otros textos; las referencias culturales; el aspecto más específicamente filológico, presente en el minucioso estudio léxico, morfosintáctico y ortográfico de los manuscritos. Todo este enorme palimpsesto fue procesado por Lojo quien sólo acota, modestamente, lo siguiente: “La directora tuvo a su cargo la orientación y supervisión de todo el trabajo y la redacción final de la Introducción, así como aportes puntuales en el rastreo de la bibliografía y documentos” [...] (72). Para finalizar esta “Introducción” que excede cuantitativa y cualitativamente tal categoría, hay diez páginas que describen los criterios de edición seguidas de otras

tantas de bibliografía, donde el lector especializado puede moverse para acceder a las referencias que le permitirían profundizar cualquiera de los aspectos del material ofrecido.

Pero la originalidad y los alcances de lo aportado por esta edición no se detienen en lo que vengo señalando; hay mucho más. En principio, para recurrir a lo obvio, haber logrado rescatar textos inéditos y primerizos de un autor significa incorporar al sistema literario de nuestro siglo XIX materiales que no sólo restituyen un vacío previo, sino permiten —dada la condición de toda semiosis— transformar, resituar o confirmar, pero siempre enriquecer el saber previo sobre un autor como Mansilla, que pese a su índole canónica, exhibe notables singularidades en facetas poco exploradas de su producción y de su vida, como se puede observar gracias a la presente edición. Lo dicho me conduce al lugar de mi preferencia entre lo ofrecido por este libro: sus operaciones críticas. Preferencia fundada en los núcleos donde se sostienen las lecturas textuales y contextuales del *Diario...* y si mi lector me perdona la precisión, hay que entender contexto aquí en sus diversas acepciones: si por un lado remite como se sabe, a la época y sus circunstancias, y también a las formas en que el autor construye su figura al inscribirse en ese doble horizonte, por otra parte alude a la totalidad de sus escritos y cómo el texto aquí desplegado podría desplazar ciertos supuestos críticos de lo que se denomina “la obra”. Esta mirada logra el muy productivo resultado de dinamizar las lecturas congeladas sobre los textos preexistentes de Mansilla; multiplican las posiciones al activar posibles disparadores de sentido. Podría diseminar en estas líneas ejemplos tomados casi al azar; uno de ellos muestra que no sólo no se elude, sino que se explicitan nítidamente juicios sobre las implicancias ideológicas, morales o conceptuales de Mansilla. Así, el apartado que encabeza un subtítulo indicador de ello: “Balance de vida y obra” (35), deja ver claramente los vaivenes en la actitud de Mansilla hacia los indios al cotejar lo que había sostenido en *Una excursión a los indios ranqueles* y su postura en 1885, como diputado del partido autonomista, cuando se discute el *Proyecto de colonización indígena* presentado a la cámara por el poder ejecutivo: este contraste es calificado de “asombroso” por las responsables de la edición y en efecto, lo es. Leamos el siguiente pasaje: “El debate pasa por dos ejes: si los indios deben mezclarse con el resto de la población civil y si debe dárseles el estatuto de ciudadanos. Mansilla se pronuncia por la negativa en ambas, argumentando que se trata de argentinos, sí, pero rebeldes, cuyos valores culturales son decididamente opuestos e inasimilables a los de la civilización cristiana” (33).

Lo citado da lugar a que se entiendan los interrogantes que se plantean a continuación, que desencadenan posibles hipótesis explicativas de un cambio tan radical. Con la incorporación de otros documentos —en este caso, un libro de Miguel A. Cárcano donde testimonia conversaciones sostenidas con Mansilla en París, hacia 1906 y 1907, donde el general, al ser interrogado sobre sus acciones en la frontera, sollozando, relata “cosas que no pueden contarse a nadie aunque son reales...”, se autoriza una respuesta. Escriben

Lojo y sus colaboradoras: “Los sollozos [...] son la otra cara del silencio que Mansilla guarda sobre los nombres propios de aquellos que llevaron a cabo un horror inefable: las cosas que ‘no pueden contarse a nadie’ y que preferirá callar. Eso: *aquello que no dijo, (no su colaboración activa, que no existió, con las últimas campañas punitivas de Julio Argentino Roca) sigue siendo su deuda con la Historia*” (36, el énfasis es mío).

Como puede verse con el ejemplo elegido, esta edición crítica avanza sobre los usuales protocolos de su género, sin dejar por ello de atender minuciosamente los requerimientos del mismo. Si antes subrayé con mi preferencia las operaciones críticas es porque articulan sin violencia la mirada en foco propia de la práctica filológica con la exploración histórica rigurosa que nunca pierde de vista la documentación y con el vuelo de la lectura interpretativa. Otro ejemplo interesante es el apartado dedicado al relato de viajes, que encuadra en la tradición del género tal como se desarrolló en nuestro país, este texto visto como una matriz hasta entonces ausente: el viaje a Oriente en tanto desvío inaugural de esta fértil vertiente decimonónica, nacido de la experiencia juvenil de Mansilla. Pero este comienzo desemboca en el tratamiento de un tema controversial: la cuestión del otro en el autor. Este extenso apartado (36-50) constituye, a mi juicio, uno de los momentos más ricos del proliferante estudio ofrecido en la Introducción.

Para finalizar, me permito una opinión nacida de mi experiencia personal: si antes destacué el rigor analítico fruto de su trayectoria como investigadora de CONICET, en cuya producción crítica se advierte el sostenido interés por la cultura del siglo XIX argentino, también estimo que estas condiciones están enlazadas profundamente con su actividad de escritora de ficción. En esta práctica, creo que los personajes históricos del pasado nacional –y Mansilla privilegiadamente– convocan la imaginación de la escritora hasta constituirse en máquinas productoras de relato. Esta condición encarnada es la que impregna y colorea la de una escritura donde el rigor y la pasión confluyen. Lo cuidado de la edición es otro placer que espera al lector.

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP)

ELISA CALABRESE